

sando que esta curación, dado que persista, se ha efectuado sin baño, sin vaso de agua, sin gentío, sin gritos, sin bendición del Santísimo Sacramento, después de una simple comunión, lo cual prueba cuán falsas son todas las hipótesis que atribuyen las curaciones de Lourdes al estreñecimiento causado por el agua fría y á la sugestión de las ruidosas muchedumbres. ; Y, en todo caso, de cuán distintas maneras se cura la gente en Lourdes, cuando está decretado que ha de curarse !

VI

La fealdad de cuanto se ve aquí acaba por no ser natural, pues no tiene parecido alguno con lo que solemos ver : el hombre solo, sin una sugestión venida de las gemonías del más allá, no conseguiría deshonorar á Dios tan cumplidamente. Hay en Lourdes tal plétora de bajeza, tal hemorragia de mal gusto, que, forzosamente, se impone á nosotros la idea de una intervención del Bajísimo.

Dejo á un lado la basílica, que tiritita, escueta como una estaca, bajo su sombrero ridículo, en su delgado traje de piedra, sobre la húmeda meseta de su roca ; pero, ¿ qué decir del Rosario, de ese circo hidrópico cuyo abultado vientre forma un bombo bajo sus pies ? ; Cómo definir esa construcción, sobre todo en su parte interna ? Quisiera uno saber de qué estilo procede, pues de todo hay en ella : bizantino y románico, estilo de hipódromo y de casino ; pero, mirándolo bien,

á lo que más se parece es á un depósito de máquinas, á una rotonda para locomotoras ; sólo faltan los rieles y la placa giratoria en medio, en vez del altar mayor, para que puedan las máquinas salir de sus correderas y maniobrar por las vías de la explanada, silbando para pedir disco.

Y esa rotonda, que debería estar ahumada por el vapor del carbón, y cubierta de una capa de peguntoso ollín, tiene una blancura de yeso reciente ; hase comenzado por adornarla como una sala de teatro, pero aún no está terminado el decorado ; sin embargo, ya por todas partes se ven adornos de oropel, candelabros para luz eléctrica, pesados y retorcidos, de una insolencia de lujo atroz ; columnas que sólo son lienzos de muros enanos y cuadrados, revestidos, hasta media altura, de placas de mármol de color de pasta grisácea, y cuyas inscripciones de los exvotos, trazadas en hueco y con letras de oro, apenas se ven, afortunadamente ; á modo de chapiteles, por encima de aquellos pilares achaparrados, corren los versículos de las letanías, esculpidos en hojarasca, y en sentido ascendente, para llegar, encorvándose, á la cúpula, embadurnada de blanco, y agujereada de huecos en los cuales se ven unos cristales... ¡ Dios, qué cristales ! Columnitas se alzan, y, al final de sus finos tallos, florecen plumeros, ó, hablando con más propiedad, diademas de plumas para adorno de salvajes ; semejantes cosas son dignas de

teatro de provincia. En medio de la incoherencia de ese conjunto, imaginad ahora el reclamo de centenares de ampollas eléctricas, encendidas de noche, y cuyas luces brutales se repercuten en los oros y los mármoles de las paredes, y podréis creerlos en donde queráis, menos en una iglesia.

Esta nave ó esta cripta — no sabe uno qué nombre dar á salas de tan pésimo gusto — son, á no dudarlo, el producto de la imaginación de un director de espectáculo deseoso de hacer cuartos, y de un sacristán poseído de delirio ; pero aún hay algo peor : el arquitecto de esta especie de casino es un genio, comparado con los pintores.

Los que han presidido á la construcción de este edificio han creído, en efecto, que convenía encargar, para los nichos de los altares, pinturas inmensas, traducidas, para que resultaran más suntuosas y más caras, en mosaicos obrados por fabricantes de pastas de color, en Italia.

Y resulta esto más atroz de cuanto pudiera uno soñar. El arte, aun en sus más bajas producciones, nada tiene que ver aquí ; esto, ni siquiera es malo ; porque, después de todo, en arte existe lo malo, y puede ser explicado, definido ; la discusión que suscita implica el reconocimiento de un posible esfuerzo ; de una impotencia, en todo caso, ó de un error. Pero estas paredes cimentadas de chinarras hacinados en un fondo agrietado de oro y que reproducen remedos de frescos formados por desdichados inconscientes, no pueden

suscitar sino la idea de una impericia sin igual y de una nada; ni siquiera es chabacano, ni siquiera es loco: es pueril y es estúpido, chillón é infantil. Ante esa Natividad, esa Anunciación, ese Huerto de los Olivos y esa Flagelación, se le caen á uno los brazos: el último alumno de una Escuela de Bellas Artes lo haría mejor. En efecto, no se trata de talento, sino de simples rudimentos, y aquí se ostenta la ignorancia del oficio, agravada por un sentimentalismo de lo más soso.

Así es que corre uno á refugiarse ante el único lienzo que ha sido confiado, por distracción, sin duda, á un pintor, mediano, sí, pero, al cabo y al fin pintor. Siquiera éste sabe dibujar y pintar; puede discutirse el arte de anuncio-reclamo y de cromo del señor Maxence, sostenerse que su « Ascensión », reducida, haría muy bien como etiqueta de cajas de confites, pero su arte parece verdadero, comparado con las infantiles vetusteces de los otros tres.

Idéntica reflexión se os ocurre ante una Virgen de Maniglier, esculpida en el tímpano, por encima de la puerta, llevando en sus brazos á un niño que entrega á Santo Domingo, arrodillado, un rosario cuyas cuentas eran, hace algún tiempo, simuladas por ampollitas eléctricas que se encendían por la noche! En una exposición, en París, dicha estatua parecería pobre y jabonosa, desprovista de todo carácter religioso; pero, aquí,

fulgura, admirable, frente á las infernales fantasías de la casa Raffl.

¿Qué obispo atacado de ceguera intelectual, qué sacerdotes agitados por fuerzas dañinas han encargado y aceptado semejantes cosas?

Y el caso es que han encargado y aceptado cosas todavía peores. Sin hablar de la Virgen de hierro colado y pintado de la explanada, aureolada de un círculo de almendras eléctricas, y cuya cabeza de raya (el pescado), con sus ojos lechosos y sus lívidas mejillas, resulta la de una demente escapada de un asilo, es preciso, si quiere uno ver hasta dónde puede llegar lo feo, subir los senderos de la ladera de Espelugues, en donde han comenzado á plantar un vía crucis. Ya hay una estación, sobre una eminencia rodeada de árboles.

Aquí, palidecen las invectivas. Imaginaos estatuas destacadas de un vía crucis de tienda de los alrededores de San Sulpicio, en París, estatuas dos veces mayores que de tamaño natural, y acampadas al aire libre, recortándose en la atmósfera, en plena luz.

En el centro está sentado un individuo cuya cara afeitada resultaría, si no tuviese ojos, un fondo de pantalón, y, rodeando á ese muñeco de exagerado volumen, comparsas de facciones sin vida, con gestos petrificados, aprisionan una estatua en pie, que lleva un vestido blanco y que presenta una cara despiadadamente simétrica,

parecida á la de ciertos cuadros de anuncios, con una barba blanca por un lado y negra por el otro. — ¡El tal conjunto representa : Nuestro Señor ante Pilatos ! — Imaginad aún, para animar la inmóvil escena de esos fantoches muertos, á campesinas de carne y hueso, atolondradas, que, no viendo al pronto más que al Pilatos sentado, muy en evidencia, fuera de los grupos, lo toman de buena fe por el Cristo, se van á él, lo besan y le hacen tocar sus rosarios. Y tendréis una vaga idea de esa odiosa mascarada de las Escrituras...

Hasta ahora, sólo hay esa estación. Un cura de buena fe me dijo un día que faltaba dinero para edificar las demás, y parecía creer que con dificultad se reuniría la suma necesaria para encargarle á Raffl el complemento de tales abominaciones. ¡Que se tranquilice ! ¡Mal conocería yo á mis católicos si dudara, ni un segundo, que estén prontos á dejarse heroicamente despojar para ver terminada semejante obra !

Seguro estoy de que en ningún sitio, en ningún país, en ninguna época se han exhibido tan sacrílegos horrores ; y si piensa uno que han sido fabricados expresamente para Lourdes, expresamente para Nuestra Señora, verá, en tal espectáculo, una enseñanza.

Fuera de duda parece el que semejantes atentados no sean sino vengativas bromas del demonio. Es su venganza contra Aquella á quien

él aborrece, y le ofmos muy distintamente decirle :

Sigo vuestra pista ; en todos los sitios donde os detengáis, me estableceré yo ; nunca os veréis libre de mi presencia ; podréis tener en Lourdes cuantas oraciones queráis, hasta el punto de haceros creer que han vuelto para vos los hermosos tiempos de la Edad Media ; á vuestros pies acudirán innumerables multitudes ; los entusiastas vivos de los milagros, los Magnificat de las curaciones, la ininterrumpida granizada de los « ave » del rosario os incensarán como en ninguna otra parte : muy bien. En un siglo que yo amaso y pervierto á mi antojo, acaso descubráis santidad en algunas de las almas arrodilladas á vuestros pies : también esto es posible ; pero el arte, única cosa decente sobre la tierra después de la santidad, ése, no sólo no lo tendréis, sino que hasta me las compondré de manera á insultaros, sin descanso, por medio de la continua blasfemia de la Fealdad ; de tal manera nublaré el entendimiento de vuestros obispos, de vuestros sacerdotes y de vuestros fieles, que ni siquiera se les ocurrirá la idea de apartar de vuestros labios el cáliz permanente de mis injurias. Todo cuanto os represente, á Vos y á vuestro Hijo, será ridículo ; todo cuanto figure á vuestros ángeles y á vuestros santos será bajo. Observaréis también que no he omitido nada ; hasta he pensado en los ob-

jetos del culto, sobre todo en los que tocan á la carne misma del Cristo; he dedicado especial cuidado á las custodias y á los copones, he querido que fueran de un gusto suntuoso y horrendo.

La orfebrería religiosa de Europa, con ser todo lo abominable que es, me ha parecido todavía poco; además, quizá estuvierais acostumbrada á ella; no, he dado con algo más abyecto; he acudido á pueblos lejanos en donde abundan el oro y un sentido artístico grosero y chabacano; en donde se tasa el mérito de un objeto por la cantidad de oro y de pedrería que contiene; y esos pueblos me han entendido: estoy de veras satisfecho de los espantosos regalos que os han enviado. ¡Las piezas de vuestro tesoro de Lourdes, yo mismo las he ido escogiendo, una á una, yo!

Estas palabras resultan, por desgracia, muy verdaderas al entendido que examina la estética de Lourdes.

El arte es, en efecto, un don particular que el hombre emplea según antojo suyo, bien ó mal, pero que no deja de conservar, por profano que sea, el carácter divino de un don. Es, bajo variadas apariencias que llegan al alma, interesando los sentidos, la reproducción de lo Bello único y multiforme como la divinidad misma que él representa en cierta manera, en su débil espejo, pues lo Bello infinito, inaccesible al ser caído, es idéntico á Dios mismo.

Y Lamennais, que emplea términos casi idénticos para definir el arte, concluye diciendo: «Lo Bello, tal como puede el hombre reproducirlo en su obra, tiene una necesaria relación con Dios.»

De donde resulta que, de ser esto así, lo contrario es igualmente verdad; es decir, que también está lo Feo en una necesaria relación con el demonio; es su reflejo, del mismo modo que lo Bello es el reflejo de Dios.

Es pues evidente que el representar á Jesús y á la Virgen en imágenes inmundas es atribuir á Satanás lo que corresponde á Cristo; en todo caso, es darle un alegrón al Maldito; se efectúa, en cierto modo, un acto de magia negra al rendirle homenaje al Diablo, cuando, trocando los papeles, transformando en efigies infernales las efigies divinas, se fabrican, para goce suyo, los ridículos personajes que pueblan nuestros vía crucis.

La fealdad, la atecnia, lo inartístico, aplicados á Jesús, se convierten en un sacrilegio para el hombre que comete tales horrores.

La mayoría de los católicos, felizmente para ellos, no saben lo que hacen, pues el Espíritu del mal es astuto y no revela sus planes á aquellos á quienes incita á ejecutarlos. Se contenta con utilizar la baja naturaleza humana y su poca fe; obra por mediación de los curas, así los de pueblo como los de ciudad, á quienes ciega, y en quienes desarrolla su natural carencia de

gusto; se instala, para servirlos, en las fábricas del barrio de San Sulpicio, en París, y, en ese sitio, inspira á los explotadores de la prostitución divina, y organiza, con su concurso, el carnaval de la Jerusalén celeste, la basura del cielo.

¡ Ah, si se exorcizaran esos talleres de Sante-ría, cuántas larvas arrojarían !

El resultado más positivo de semejante estado de cosas es que todo individuo que fabrica, vende ó compra productos de ese género es un poseído inconsciente.

Debería el clero preocuparse de esto, y, también, pensar en qué crecida escala domina ahora el elemento judío entre los comerciantes en objetos de devoción. Convertidos ó no, muy verosímil parece que, á más de la pasión de la ganancia, esos negociantes sienten la involuntaria necesidad de traicionar de nuevo al Mesías, vendiéndolo bajo aspectos inspirados por el demonio.

El argumento invocado por ciertos católicos menos burdos que los demás, para excusar la ostentación de fealdad que arrecia en Lourdes, es muy endeble: fingen creer que es indispensable para agradar al pueblo y atraer á la gente. Por de pronto, nunca ha sido demostrado que al pueblo le guste más lo feo que lo bello; lo cierto es que ignora qué cosa es lo uno y qué cosa es lo otro; lo mismo se entusiasmaría ante una obra hermosa, si se la enseñaran, que ante una obra fea; y es el caso que, como alimento artístico,

no le dan, so color de religión, más que comida insulsa y de mala calidad.

Y, en segundo lugar, ¿ no fueron levantadas para él las catedrales de la Edad Media? Las estatuas, los tapices, los retablos, todas las obras magníficas que adornan hoy nuestros museos, ¿ acaso no fueron creadas para realzar á sus ojos el prestigio de la Iglesia y ayudarle á rezar?

Admiraba el pueblo todo aquello con la mejor buena fe, y comprendía muy bien que semejante esplendor era, por sí mismo, un homenaje tributado á Dios y una súplica. Es indudable que, desde entonces, ha bajado su nivel moral... ya no sabe hacia donde dirigirse...; pero, ¿ de quién es la culpa sino del clero, que estaba obligado á ilustrarlo y que, por su ignorancia y su desdén de toda estética, lo ha dejado recaer en su primitivo estado de indiferencia?

Lourdes es pues el tipo de la ignominia eclesiástica del arte, es único en su género; y para que nada falte á la obra nefanda que el Malo dirige en esta ciudad, en las noches de fiesta solemne iluminan la fachada y el campanario de la basílica con ampollas eléctricas tricolores, y dibujan con trazos de fuego la torta del Rosario, que entonces resulta como una rotonda de pan dulce, anisada con confites de color de rosa.

Sólo faltaría, para diversión de la plebe, algunos fuegos artificiales en el monte del vía crucis: en poco ha estado que se cometiera seme-

jante degradación. Tal empeño tenía en ello un clérigo venido de no sé qué provincia francesa, que costó muchísimo trabajo el conseguir que no realizara su intento.

Mas, sin cohetes y sin bombas, lo cierto es que las fiestas litúrgicas de Lourdes se parecen á las fiestas cívicas del 14 de julio en Francia : ¡ con decir que allí he oído yo charangas, y el Ave María lanzado, incansablemente, por cornetines y por trombones!... Aquella noche, creo haber padecido algo.

Es innegable que este país, en donde triunfa el odioso espectáculo de esa bravata contra la belleza divina, se ha convertido, desde que la Virgen se fijó en él, en una especie de campamento surcado por la guardia principal del demonio.

Para decir verdad, la gruta de Massabielle le pertenecía, pues era éste un sitio desierto y mal famado, en donde nadie se aventuraba. Sus únicos huéspedes eran dos especies de animales que formaban, uno y otro, parte de la colección de fieras infernales de la Edad Media : las serpientes, que se guarecían en sus grietas, y los cerdos, que allí se refugiaban, cuando Pablo Leyrisse, el porquero del pueblo, los llevaba á pacer á orillas del Gave.

María barrió, al mostrarse, aquella inmundicia; mas, para manchar de nuevo la gruta, hizo Satanás que, durante el período mismo de las apariciones, la enlodasen por la noche parejas que

iban allí á divertirse ; « se han hecho tonterías en la gruta », decían los campesinos, que no ignoraban semejantes escándalos ; después arremetió el demonio contra Bernadette misma, en sus éxtasis, pues oyó la niña, detrás de ella, aullidos espantosos y gritos furibundos que salían del Gave y que le decían que se marchase ; y, por fin trató de quitar importancia á las revelaciones de la vidente suscitando visiones más ó menos extrañas á un grupo de poseídas cuyas divagaciones trataron de turbar la confianza de los habitantes.

Mas á poco ganó terreno el buen sentido, y fué escuchada Bernadette ; entonces cambió el diablo de táctica y desencadenó la pasión del lucro en aquellos picapedreros que se transformaron en fondistas, en vendedores de rosarios y de cirios y que se ingeniaron para sacarles á los peregrinos cuanto dinero pudieron.

Y después del dinero le llegó el turno á la carne. No tardaron las costumbres de aquellos montañeses, que fueron honrados mientras fueron pobres, en estropearse del todo ; agravó tal situación la mezcla, generalmente indecente, de la gente de fuera : relaciones imposibles en una ciudad pequeña donde es preciso conservar cierto decoro pudieron darse rienda suelta en la promiscuidad de esas aglomeraciones en donde nadie conoce á nadie ; las grandes peregrinaciones han favorecido la facilidad de los encuentros, la impunidad absoluta de las citas...

Pudo Satanás regocijarse ; pero, en suma, lo único que conseguía eran pecados vulgares, faltas inherentes á la flaqueza humana, olvidos momentáneos, ofensas fortuitas que la penitencia borra.

Pero esto no le bastaba, y quiso más, soñó con culpas más profundas y más tenaces ; y entonces fué cuando maniobró, bajo el manto de la devoción, y que instauró la blasfemia permanente, al implantar en Lourdes la fealdad sacrílega.

Sí, por este medio atroz, que hay que atreverse á divulgar, porque urge el divulgarlo, por este medio se mofa la antigua serpiente de Aquella que le aplasta la cabeza, y á la que, sin embargo, consigue morder en el talón.

VII

Desde hace algunos días, la ciudad se ha vuelto inhabitable. Hay aquí más gente que cuando la peregrinación nacional. Más de 45.000 peregrinos acampan en una villa de 9.000 almas ; y eso que los trenes se han llevado la Bretaña, el Berrí, la Borgoña, el Forez y el Rouergue ; pero otros han vertido nuevos millares de viajeros en la cuba siempre llena ; proceden, los recién llegados, de todos los puntos de Francia, y son anunciadas numerosas caravanas del extranjero.

¿Dónde se alojan los peregrinos ? Ya no queda un cuchitril donde no duerma gente, hacinada, sobre jergones ; no hay granero que no esté atiborrado de carne humana ; los habitantes han alquilado hasta las bodegas, hasta los lagares ; en las cercanías hay peregrinos hasta debajo de los sotechados, y los recién llegados andan, con su maleta, en busca de un rincón donde guare-